

REARME MORAL:

CÓMO EMPEZÓ TODO

Contado por

**LOUDON
HAMILTON**



Después de haber estado enlistado en el Regimiento Hindú -el brazo internacional del ejército inglés y de haber recibido la Cruz Militar luchando en Francia durante la Primera Guerra Mundial, Loudon Hamilton se inscribe en la Universidad de Oxford para hacer un curso de Filosofía de dos años.

Cuando en Mayo de 1921, Loudon Hamilton está por finalizar sus estudios, el Dr. Frank Buchman visita Oxford por primera vez. Una noche le invitan a una reunión en el “Club del Bistec y la Cerveza” en el apartamento de Loudon Hamilton en Christ Church. Es allí en donde nace el Grupo de Oxford llamado más tarde Rearme Moral y conocido hoy en día como Iniciativas de Cambio.

“Conocí a Frank Buchman en Oxford en 1921, me lo presentó Alec Barton, un amigo americano – alumno de Christ Church y compañero del equipo de futbol. Alec era muy admirado por el ánimo con que había aprendido a jugar el Rugby Inglés. Tan entusiasmado estaba el primer día, que con la bola en la mano la emprendió forzadamente contra el único hombre que pudo ver y que resultó ser el réferi. Una tarde a finales de Mayo, Alec me gritó desde el otro lado de la plaza de la universidad: ¿Te gustaría conocer a un profesor americano que está de visita en Oxford? Siendo estudiante no es que me entusiasmara mucho conocer más profesores de los estrictamente necesarios, pero por ser Alec mi amigo le dije: “Está bien, tráelo esta noche a mi apartamento. Vamos a tener una reunión del “Club del Bistec y la Cerveza.”

Esta era una de esas asociaciones en las que en medio de largas discusiones filosóficas se discutían todos los problemas del mundo mientras se tomaban grandes cantidades de cerveza y se fumaban muchísimas pipas rodeados por una espesa nube de humo. La única dificultad era que los problemas del mundo quedaban ligeramente peores que antes. Afortunadamente yo no sabía entonces, quien era Frank Buchman. Si lo hubiera sabido, es seguro que no lo habría invitado al “Club del Bistec y la

Cerveza”. Allí solíamos pronunciar muy a menudo el nombre de Dios, pero no de la manera como lo hacía Frank Buchman.

El hombre que trajo Alec era de edad mediana, de estatura mediana, un tanto robusto y sus ropas y acento revelaban que venía del otro lado del océano. Sus ojos eran grandes y alertas. No se hizo ningún intento por presentarlo a los cerca de veinte hombres que estaban en el lugar. Buchman se sentó modestamente en una silla de atrás.

Imaginen el cuadro; el noventa por ciento de los hombres eran ex oficiales de guerra, desde en el rango militar de “Mayor” y de allí para abajo; veteranos que no tenían más de veintitrés o veinticuatro años, llenos de condecoraciones que nunca se mostraban y de las que nadie hablaba. Estos hombres tenían mucha influencia en la Universidad, la mayoría practicaba algún deporte y algunos jugaban realmente bien. Desde entonces muchos de ellos han ocupado puestos muy importantes en el mundo.

Unos pocos íbamos los domingos a la Catedral de la ciudad que servía de capilla a la universidad. Normalmente estos servicios religiosos eran obligatorios para todos los alumnos, pero esto no se aplicaba a los ex combatientes. Nunca supe porque. Tal vez sería porque no lo necesitábamos o porque rezar por nosotros ya no valía la pena. Probablemente esto último. La pose de moda era una mezcla de cinismo y sofisticación. Los “Blues del Siglo XX” de Noel Coward representaban exactamente el estado de ánimo de nuestra generación de post guerra:

*En medio de extraña ilusión,
Caos y confusión,
La gente parece perder su rumbo.*

*Habrá algo por lo que valga la pena luchar,
¿Amar y seguir viviendo?
Hey, hey, hey, no hay más que el día a día.*

En el “Club del Bistec y la Cerveza” había un ramillete de hombres iguales a mi, estudiando filosofía. Como ingeniosamente se ha dicho, ‘Estábamos ensayando a ser filósofos, pero la frivolidad siempre lograba infiltrarse’.

Esa noche en el apartamento sentados en mullidos sillones, con el ambiente azul por tanto humo de tabaco, nos embarcamos en otro de esos furibundos debates sobre cómo enderezar el mundo. Como era nuestra costumbre, se leyeron cuatro temas; dos de un bando, dos del otro y la sesión se abrió para la discusión general. No siempre se terminaba la conversación después de haber dicho lo que teníamos que decir en el “Club del Bistec y la Cerveza”, así que ya bien avanzadas las once de la noche, tuve la oportunidad de preguntarle a nuestro visitante americano acerca de lo que pensaba.

Buchman empezó con una declaración un tanto sorpresiva diciendo que él estaba de acuerdo con todo lo que se había dicho esa noche, a pesar de que durante toda la noche se habían estado intercambiando libremente opiniones violentamente contradictorias.

Añadió: ‘Claro que debe haber un cambio en el mundo y ese cambio solo podría darse si se empieza por la gente. Bueno, como en este caso...’ y procedió a contarnos a todos acerca de dos estudiantes que había conocido en Cambridge que habían decidido cambiar su rumbo. Naturalmente eso de que los hombres de Cambridge estuvieran cambiando, despertó un gran interés en Oxford.

Frank era demasiado bien educado para decirnos que nosotros, los de Oxford teníamos que cambiar, pero los compañeros de los que nos habló eran tan parecidos a nosotros, que nos dejó sacar nuestras propias conclusiones. Mis conclusiones fueron demasiado incómodas y debería haberlas sacado mucho

antes. Había crecido en un hogar escocés muy estricto, pero esto no me impidió pecar. Solo me impidió disfrutarlo.

Cuando Frank terminó, se hizo silencio. Algunos silencios son algo muerto. Este estaba muy, pero muy vivo. De alguna forma la atmósfera había cambiado. Hasta entonces había sido comfortable, académica y teórica. Ahora se había vuelto real y personal. Casi se podía oír el cerebro de cada uno, revisándolo todo dentro de sí. Como se podía esperar de gente como nosotros, le dimos una larga chupada a nuestras pipas y nos miramos la punta de las botas sin chistar palabra. Aunque Buchman no había usado ni una sola de esas frases religiosas convencionales, cada uno de los hombres que estábamos en ese cuarto sabía exactamente de que estaba hablando. Hora de terminar. El reloj dio las doce. Yo estaba totalmente seguro de que a Sandy mi compañero de cuarto, un ateo convencido, no le iba a gustar esta cosa para nada. Para mi sorpresa me sugirió que invitáramos a Buchman a desayunar a la mañana siguiente.

Me asustaba que Frank tratara de cambiarme a la hora del desayuno – demasiado temprano para una operación de esta clase. Así que pedí un copioso desayuno para mantenerlo ocupado comiendo e impedirle así, que nos hiciera preguntas incómodas. A la mañana siguiente me paré en la ventana esperando a nuestro invitado. Mientras cruzaba la plaza, lo vi acercarse a un grupo de hombres jóvenes definitivamente pertenecientes al grupo de aquellos que siempre tienen la agenda llena, de camino a tomar un baño temprano. Juntos rieron alegremente. La facilidad y naturalidad con que el, un completo extraño, hizo este tan breve contacto, me impresionó sobremanera.

A los pocos minutos los tres estábamos sentados desayunando con Frank sentado frente a Sandy y a mí. En ese tiempo las reuniones para desayunar durante el trimestre de verano en Oxford, eran un rasgo típico de nuestra vida social y por lo general estas ocasiones eran totalmente entretenidas, pero esta vez no estaba seguro de que pudiera ser tan siquiera pasablemente agradable.

Éramos atendidos en nuestras habitaciones privadas por nuestro escudero, como llamaba la Universidad a los sirvientes masculinos. Ese día empezamos por las fresas, luego cereal, pescado, huevos con tocino y con la desde luego inevitable tostada con mermelada y café.

Los temas convencionales de conversación bien pronto quedaron agotados y de alguna manera parecieron más irrelevantes que de ordinario. Preocupado me pregunté: ¿Y ahora que seguirá?

Frank estaba completamente a sus anchas. Nos contó cómo durante su reciente viaje a la India y al Medio Oriente, la rectora de un importante colegio que lo había invitado le había preguntado que haría él con una alumna que había robado dinero. Frank le contestó a la rectora con algo que la desarmó: “¿Cuándo fue la última vez que usted se robó algo?” La rectora recordó haber robado dinero cuando niña. Así que Frank le dijo: “¿Se lo dirá usted a su alumna?” La rectora así lo hizo y los resultados acabaron influyendo para bien en todo.

Mientras Frank contaba esta historia, yo me preguntaba por qué nos la estaría contando a nosotros. No tuve que preguntármelo por mucho más tiempo. Apenas Frank terminó de hablar, Sandy levantó la mirada que había tenido clavada en sus huevos con tocino y le dijo: “No siempre he sido honesto con el dinero.”

Esto me sacudió. Por un lado, siendo escocés mis sentimientos acerca del dinero son muy profundos y también porque bien sabía yo que Sandy nunca me hubiera reconocido algo así a mí. Entonces de repente recordé que había asistido a un baile de la Universidad sin haber pagado la boleta. Yo tenía un fuertísimo deseo de bailar con una chica en particular y lo mismo le pasaba a muchos otros, así que me propuse llegar temprano; me arreglé con el mayor cuidado y entré por la puerta de los meseros. Hasta ese momento nunca se me había ocurrido que había sido algo deshonesto. De ese momento en adelante me pasé el resto del desayuno pensando a quien podría pedirle prestado el dinero, suponiendo que

decidiera devolverlo. Ese desayuno me salió muy caro y fue un primer paso hacia la honestidad. Y habría muchos más en el futuro.

El fin de semana siguiente Frank volvió acompañado por los dos hombres de Cambridge de los que nos había hablado. Le pedí a media docena de amigos que los recibiéramos en mi apartamento, dudando de cuantos aparecerían finalmente y para mi sorpresa apareció por lo menos una docena y de algunos de estos nunca se hubiera sospechado que estuvieran interesados en estas cuestiones. Unos pocos eran reconocidos asistentes a la iglesia, pero fuera de esto, su estilo de vida era igual al del resto de nosotros.

De manera absolutamente natural nuestros amigos de Cambridge nos contaron lo que les había pasado al conocer a Frank, inmediatamente se ganaron la confianza de todos nosotros. Era obvio que estaban hablando de algo muy real para ellos, aunque nuevo para nosotros. Su honestidad hizo que la controversia se convirtiera en algo fuera de lugar. Lo que compartían iba cargado de convicción. Bob, un atleta de talla internacional y con una personalidad arrolladora parecía tener todo lo que yo hubiera querido tener; amigos, popularidad, éxito. Me preguntaba en que tendría él que cambiar. Su historia contada con humor y moderación, despejó mis dudas.

El otro hombre de Cambridge, Murray era de otro tipo. Venía de una familia muy conocida y muy religiosa. Sucede que él había sido uno de los oficiales en mi propio regimiento. Era ese tipo de cristiano al que nadie podía emborrachar en las noches de visita, pero que tampoco lograba que nosotros nos mantuviéramos sobrios. Era un hombre para respetar pero para sacarle el cuerpo.

Después que nuestros visitantes hablaron, la discusión se volvió general. Le pregunté en privado a Murray, por qué había hablado acerca de su necesidad de cambiar si él siempre había sido cristiano. Me dijo: 'Si, siempre creí en Cristo, pero nunca pude ayudar a gente que se iba con el diablo, como tu'. No le hice más preguntas. La gente se dispersó formando animados grupos, Bob caminaba alrededor de la plaza con uno de los hombres de Oxford a cada lado. Parecía estar conociéndolos mejor en una noche, de lo que yo lo había hecho en dos años.

La noticia de lo que estaba pasando se difundió rápidamente. Un ambiente de expectativa salió a la superficie en la Universidad, y más allá. Estudiantes que escasamente conocía llegaban a mi apartamento a preguntar de qué se trataba todo aquello. Debajo de un aire de neutralidad cuidadosamente aparentado o hasta de hostilidad sin pretensiones, se escondía algo más que una simple curiosidad. Todos habíamos sido irremediabilmente impulsados a pensar y hasta a mirar cara a cara cosas que hubiéramos preferido olvidar. Después de todo a nadie le gusta que lo pongan a pensar y menos aun en una Universidad en la que tienes que aprender lo que otros ya han pensado. Como futuros filósofos, nos enorgullecíamos de no hacer suposiciones. Pero el hecho era que suponíamos muchísimas cosas: que Dios no existía, que no se podía cambiar la naturaleza humana y que de todos modos vivir de acuerdo a valores morales era algo imposible. Pero ¿Como saberlo si nunca habíamos tratado?

Teníamos muchas teorías. En Oxford una tragedia se definía como 'una bellísima teoría asesinada por una fea realidad'. Y Buchman nos enfrentó con realidades. Vimos gente, a veces la menos probable (o eso pensábamos) que era definitivamente muy distinta y que estaba preparada para decirlo. Las semanas que siguieron fueron para mí las que más me han trastornado en toda mi vida. Tuve que admitir que a decir verdad, todos aquellos esfuerzos esporádicos que yo había hecho para encontrar una filosofía de vida satisfactoria, habían resultado del todo inútiles. Pasando de una escuela de pensamiento a otra, encontré que cada una era una isla flotante y que ya el ruido de las cataratas sonaba en mis oídos. La catarata era para mí, abandonar cualquier intento de resolver el misterio de la vida y acabar por aceptar un cínico materialismo como la única solución.

Llevábamos demasiado tiempo atrapados entre las nubes de abstracciones filosóficas y de sutilezas intelectuales, mientras que nuestras preguntas fundamentales seguían sin ser resueltas: ¿Que era lo que verdaderamente importaba? y ¿Que habrá mas elevado para lo que valga la pena vivir que no sea solo el interés personal? ¿Sería verdaderamente necesario desprendernos de nuestras altas expectativas y de la amistad de los tiempos de guerra y admitir que la victoria verdadera no se iba a lograr después de todo? Puesto que no había respuesta a todo esto, nos refugiamos en el cinismo y la superficialidad. Por hábito y entrenamiento se aprende a mantener una ‘fachada’ y se confía en que los amigos no podrán ver a través de ella. Un poeta escribió esto acerca de la sociedad inglesa:

Hablan y se mueven a mi alrededor cual sombras, todo es tan correcto, pero nada está claro.

Lo que estaba de moda era posar como alguien ‘sin compromiso’ y ‘abierto a cualquier verdad’. De hecho esto era una total deshonestidad. La verdadera realidad era que estábamos totalmente entregados a hacer lo que se nos diera la gana. A esto lo llamábamos ‘libertad’. Nuestros verdaderos dioses eran el sexo, el éxito y la seguridad económica. Estos dioses eran adorados espléndidamente de cualquier forma como las oportunidades lo permitieran. El campo de rugby y la pista de baile eran los lugares en los que yo más buscaba brillar. Y en cuanto a mi preocupación por la religión, (que no estaba tan lejana para mi), yo afirmaba bien sinceramente que no tenía fe, pero usaba esta afirmación para no cambiar.

Fui educado de manera convencional a creer en Dios, sin esperar jamás que Dios pudiera ser una fuerza real en mi diario vivir. Esto fue puesto a prueba durante la Primera Guerra Mundial. Me pareció en ese entonces, que si alguna vez era necesaria la intervención divina, era allí, pero parecía que a Dios no le importaba.

Yo tenía tan solo diez y nueve años, cuando la primera batalla del Somme (de Julio a Noviembre de 1916) y veinte años en Passchendaele; (de Julio a Noviembre de 1917). En veintidós semanas en el Somme, las pérdidas inglesas fueron más de cuatrocientas mil, lo que equivale a casi veinte mil por semana. En Passchendaele, en quince semanas, nuestras pérdidas fueron un poco menos de doscientos cuarenta mil, es decir diez y seis mil pérdidas por semana.

A menudo eran los mejores hombres los que morían. Incontables vidas fueron desperdiciadas innecesariamente. El sufrimiento y a veces la ferocidad y el aburrimiento no tenían fin. Traté lo mejor que pude de ver la mano de Dios en todo esto. Traté, pero fallé.

Una noche durante la batalla de Passchendaele levante amenazante mi puño hacia las estrellas y maldije el corazón y el alma de Dios, por permitir que estas cosas sucedieran. Mi fe murió esa noche y pensé que había sido para siempre.

Solo años después me di cuenta que estas cosas eran el resultado inevitable de la terquedad humana que se niega a vivir de la manera en que Dios propone. Este sencillo hecho cayó sobre mí, poco después de encontrarme con Frank Buchman. Fue solo entonces como por primera vez, el modelo de respuesta al cinismo y la apatía prevalecientes, empezó a tomar forma y sucedió de esta manera.

A mediados de Junio de 1921, habían terminado los exámenes y nuestras carreras universitarias llegaban a su fin. En Septiembre yo debería presentarme como docente en Eton.

En esos días llegó una invitación de parte de Bob y Murray, nuestros dos amigos de la Universidad de Cambridge, para pasar un fin de semana con Frank Buchman y sus amigos. La invitación era para lo que solía llamarse un “House Party o fiesta de Puertas Abiertas”. Esto despertó mi curiosidad. ¿Que iría a hacer Frank Buchman en un House Party, palabra asociada a una clase social específica? ¿Cómo combinar esto con lo que yo ya conocía de Frank Buchman? Sería lago interesante de ver.

A veces es difícil saber los verdaderos motivos que nos mueven a tomar una decisión que nos traerá consecuencias importantes. Curiosidad, si; confianza, ciertamente. La sinceridad de Buchman era absolutamente convincente. También lo eran la naturalidad y la camaradería de aquellos a su alrededor. No había nada de la cordialidad artificial comúnmente asociada con los entusiastas religiosos de una Universidad. Yo deseaba profundamente esa clase de camaradería. Pero de algún modo siempre me había esquivado. Pronto habría de descubrir este secreto y además muchos más.

Algunas veces decisiones importantes están influenciadas por circunstancias aparentemente superficiales. Así fue en este caso.

Yo no contaba con el dinero para un fin de semana en Cambridge, pero en el mismo correo en que me llegó la invitación, recibí inesperadamente 5 libras de parte una tía, para la que 5 libras eran una gran cantidad de dinero –algo que no había sucedido antes y que nunca más volvió a suceder. Mi tía tampoco conocía la situación. Gracias a este regalo me decidí y acepté la invitación para la primera semana de Agosto de 1921 en Cambridge. Poco sabía yo de los resultados que encontraría.

Había un aire de expectativa, por no decir de misterio mientras nos reuníamos a cenar en el Trinity Hall esa primera noche. No se veía esa indecisión tan común entre los ingleses para hablar con desconocidos. La mayoría de nosotros estaba entre los veinte y los veinticinco años. Éramos como treinta y otros más fueron llegando a medida que progresaba el fin de semana. Estaban allí hombres que habían representado su Universidad en campeonatos deportivos, como los campeones de remo de Eton, uno de los presidentes de la Unión de Oxford, hombres que habían recibido la Medalla de Honor por ser los primeros de su promoción, algunos oficiales de la marina, hindús y chinos.

Estaban tres hombres mayores; un coronel de la Oficina de Guerra, un Miembro del Parlamento y un americano Abogado Internacional. Los dos últimos se sobrepasaron a la hora de celebrar un éxito reciente del abogado en una importante negociación internacional en Londres. Cuando llegaron esa noche a Cambridge, se fueron derecho a la “Despensa”, no a esa en donde no se vende alcohol, sino al bar al que apodaban la despensa; así que nuestros dos amigos se encontraban en un avanzado estado de jovialidad al finalizar la cena.

Después de cenar pasamos a un salón privado y sentados informalmente en mullidos sillones puestos en forma de amplio círculo esperamos... Buchman dio un paso audaz al pedirnos que nos presentáramos diciendo nuestro nombre y el lugar de donde veníamos. La mayoría como es la característica inglesa, fuimos bastante parcos. Los últimos en hablar fueron el miembro del Parlamento y el abogado.

Ellos fueron más comunicativos que el resto. El miembro del Parlamento dijo que él había venido porque había dejado “zafar un punto del tejido” en algún lugar y sabía que si no lo recogía no podría llegar a ningún lado. Luego el abogado se embarcó en un elogio un tanto prolongado acerca de las glorias de los Estados Unidos. ‘Bueno, nos dijo: allá hay unas montañas tan altas que parados en su cima se les puede hacer cosquillas a los ángeles en la planta de los pies’. No nos quedó claro lo que se pretendía con este ejercicio, pero por lo menos ayudó a crear un ambiente de informalidad.

Entonces Buchman nos contó la historia de su amigo Bill Pickle – un antiguo contrabandista de alcohol en la Universidad de State en Pensilvania, en la que Buchman había sido miembro de la facultad durante siete años. La moral andaba por los suelos, los logros académicos eran pobres, el consumo de alcohol era elevado y el equipo de futbol era consistentemente derrotado. El cambio de Bill llevó evidentemente a un cambio en toda la universidad.

El humor y la naturalidad de la historia hicieron que esa hora y media pareciera como diez minutos. Quedamos pensativos al ver el parecido en tantos puntos similares a nuestra propia experiencia. Por

primera vez la bondad nos pareció atractiva y hasta efectiva. Nos fuimos felices a la cama. Todos menos uno, el abogado.

A esa hora llegaron tres viajeros de los Estados Unidos. Bill era uno de ellos y había sido el mejor amigo del hijo del abogado que había desaparecido en Francia durante la Guerra. Cuando lo vio fue como si se hubiera encontrado cara a cara con su hijo muerto. Se puso blanco como una sábana. Esa noche el miembro del Parlamento y él hablaron hasta muy tarde de todo lo que cada uno tenía que cambiar.

A la mañana siguiente nos volvimos a reunir sin saber muy bien que esperar. Los que ya conocían a Frank Buchman se encargaron de la conversación. Buchman dijo muy poco. Como respuesta a las muchas preguntas que le hacían, por lo general pedía a otros que contaran sus propias experiencias, enfocándose en el punto en cuestión. Nadie teorizaba ni predicaba y a los argumentos se les presentaban evidencias; así el balón tenía una manera bien elegante de volver a caer en el campo del que preguntaba. Era algo fascinante.

El tema básico era que le pasaría a nuestro mundo si la gente cambiara, lo que provocó animadas discusiones interrumpidas por estallidos de risa. También se dieron elocuentes silencios. En momentos así, al sentirse uno tan consciente de sí mismo, se desea que por Dios alguien diga algo. Esta vez los silencios parecían no importarnos. Había tanto en que pensar.

Terminada la primera mañana, Murray, uno de los que había venido a Oxford con Buchman, habló acerca de cómo un individuo podría llegar a cambiar. Me sentí molesto conmigo mismo, por sentirme vagamente incomodo sin saber por qué.

De alguna manera había allí un nuevo espíritu trabajando. Las conversaciones en la mesa eran diferentes y había desaparecido por completo la apatía. El cinismo se había convertido en algo tan barato. Los argumentos que nos habían sido tan familiares ya no tenían substancia y las excusas empezaron a verse como lo que realmente eran: excusas. Nuestras defensas habituales se habían derrumbado y nos sentíamos a gusto con la gente.

A medida que iba progresando el fin de semana, una cosa nos quedó impresionantemente clara. Era tiempo de tomar una decisión. La realidad de lo que habíamos visto era imposible de negar y ahora habían de ser enfrentadas las implicaciones para cada uno de nosotros.

Nadie había tratado de decirnos que hacer, cada cual era libre de escoger. Yo tenía el incomodo sentimiento de que ésta podría ser la elección más importante de mi vida. Una y otra vez durante ese fin de semana me vi reflejado en el espejo de las experiencias que otros habían compartido y lo que yo no me gustó en lo más mínimo.

A estas alturas yo ya había oído suficiente como para entender que un nuevo estilo de vida si era posible. Estaba completamente decidido a no regresar a la manera como había estado viviendo. Solo que no estaba tan seguro de querer ir hasta el final del camino que Buchman nos señalaba – aun no. Era un dilema.

El punto culminante llegó el domingo en la tarde. Cuatro de nosotros jugábamos tenis. Decidí que cuando terminara el juego sería completamente honesto con mis tres amigos acerca de cosas que siempre y por encima de todo había querido esconder. Tenía muchísimo miedo de lo que iban a pensar de mí, estaba convencido de que nunca más me volverían a hablar.

Para mi gran sorpresa y alivio, encontré que no estaba solo. Cada uno a su tiempo fue honesto acerca de si mismo. Descubrimos que todos estábamos en la necesidad del mismo cambio y de la misma

purificación. Solo había que hacer una cosa, ponernos de arrodillas. Fue la primera vez que hice una verdadera oración, Dios me inundó y un gran peso fue levantado; no más dudas, ni indecisiones. Ahora la única pregunta era, ¿que tan rápida y efectivamente podríamos salir a difundir este nuevo espíritu? Había sido un experimento honesto como el que habría hecho cualquier científico. El resultado fue un milagro.

En mi caso, hacía ya demasiado tiempo que había dejado de creer que alguna vez podría volver a vivir una vida pura. Esta era la raíz de mi cinismo y de mi apatía. Ahora en solo dos cortos días, mis hábitos de años se desplomaron. Para mi sorpresa encontré que me habían dado una nueva mente y una nueva lengua... limpias. – algo que jamás hubiera sido posible de conseguir por mi propio esfuerzo. La vida había cobrado un sentido y un propósito totalmente nuevos.

Para la mayoría de nosotros y según nuestras diferencias, ese fin de semana nos trajo una total experiencia cristiana. Por primera vez en mi vida, Cristo se convirtió en una realidad viviente; de hecho, en una necesidad absoluta. Verdades que había estado oyendo desde niño, se convirtieron en mis posesiones personales. Entendí lo que quiere decir el perdón, a medida que todo su poder renovador y su convicción fueron llegando hasta el último rincón y elevaron mi vida a un nuevo nivel. La barrera que había llegado a parecer insuperable entre Dios y yo, ya no estaba allí. “Él vive por siempre para interceder por nosotros”, esta fue la clave y supe que era libre. No hay ningún merito personal en una experiencia así. Fue un don precioso. Si a un viejo barco que lleva mucho tiempo estancado en el barro de las aguas bajas, viene a levantarlo la marea alta y a liberarlo para que pueda navegar por los océanos, ¿qué merito hay en esto? Lo único que había que hacer era tender la vela y partir.

Otros vivieron experiencias similares. Pronto tuvimos un grupo de hombres que pensaban lo mismo y que estaban listos para la batalla, sin importar lo que cualquier otro pudiera pensar, decir o hacer. Es verdad que todo había empezado por cada uno como individuo, pero no se detuvo allí. En las condiciones de la post guerra, la necesidad de un espíritu nuevo era demasiado evidente y era algo de aplicación universal. Era muy claro que las naciones necesitaban encontrar esta respuesta o acabarían destruidas. Ahora la mayor necesidad era la multiplicación de los combatientes.

Sucedieron tantas cosas en Oxford, que se ofreció una oración pública desde un púlpito dando gracias a Dios por la nueva vida espiritual que había llegado a la Universidad. Poco tiempo después el rector de una de las facultades, me pidió que regresara y continuara con el trabajo allí comenzado por el Dr. Frank Buchman. La carta del rector me ofrecía una cama, tres comidas diarias y ningún salario. La voz interior me dijo, ve... así que fui. Otros vinieron a ayudar.

Durante los siguientes quince años, Oxford fue nuestro centro del mundo. El interés por esta experiencia se fue expandiendo y nos llegaron invitaciones de muchos países. Pronto empezamos a tener hasta diez mil personas que venían a Oxford durante las vacaciones de verano. Hubiéramos recibido más gente si hubiera habido más espacio. Se nos conoció en el mundo entero como el Grupo de Oxford; luego como el Rearme Moral y ahora como Iniciativas de Cambio.

Tengo ya setenta años y de nuevo veo una generación cínica y rebelde. Solo que hay esta diferencia en el mundo de hoy y el nuestro. Aunque abunda el cinismo (no es un fenómeno nuevo) hay otro factor que existía solo en germen hace cincuenta años. El cambio que comenzó con uno o dos de nosotros en los años veintes, ahora se ha extendido por el mundo entero y está rebasando y sobrepasando los elementos de destrucción.

Frank Buchman nos repetía este refrán chino: ‘Si quieres hacer planes para un año planta maíz; si quieres hacer planes que duren treinta años, planta árboles, pero si quieres hacer planes para cien años,

entonces planta hombres'. El futuro, sea cual sea, está en manos de hombres y mujeres como estos que van hacia adelante y su número sigue en aumento.

Este ha sido el programa desde el inicio. Las últimas palabras del Dr. Buchman antes de morir lo concretan de la mejor manera: "Quiero ver el mundo gobernado por hombres gobernados por Dios. ¿Porque no dejar que Dios gobierne el mundo entero?"

Primera publicación en 1968 por el Rearme Moral, Londres RU.

Segunda publicación en la página web de Iniciativas de Cambio de Estados Unidos
www.us.iofc.org/node/38556

Tercera publicación en español, 2010 por Iniciativas de Cambio Bogotá, Colombia.
Traducción al español, Helena de von Arnim.